

# PIERRE DE RONSARD: «el Príncipe de los Poetas»

A. Darío Lara



Pierre de Ronsard, primer gran poeta en el idioma de la «Párida».

**S**i la conmemoración del centenario de la muerte de Víctor Hugo acaparó gran parte de las actividades culturales de 1985, no fue, sin embargo, la única preocupación de los representantes de la intelectualidad francesa y, se puede añadir, europea y universal. En efecto, un programa admirablemente concebido a través de todo aquel año conmemoró también el IV centenario

de la muerte de Pierre de Ronsard, el 27 de diciembre de 1585, en su priorato de Saint-Cosme-en-Ile, cerca de la ciudad de Tours.

La publicación que acaba de circular, con la enumeración y análisis detallados de las exposiciones (como la de la Biblioteca Nacional de París), y en otras ciudades, reviven aquel "Año de Ronsard", revive

la histórica conmemoración y la figura inmarcesible del "Príncipe de los Poetas". En varios países europeos, en los Estados Unidos, por ejemplo, fue la oportunidad para un lúcido retorno al siglo XVI, magníficamente evocado, entre otros, en el "Coloquio Internacional" que en el mes de septiembre se celebró en el Colegio de Francia, en

París, además de otros Coloquios, como los de las ciudades de Tours, de Vendôme, etc., en que se oyeron eruditas exposiciones sobre: "Ronsard, la trompeta y la lira", "Ronsard poeta de la naturaleza", "Las rosas de Ronsard", "Las fuentes de Ronsard", "Ronsard y sus contemporáneos", etc. Estudios que dieron mucho trabajo a los especialistas del *dieciséis* y confirmó lo que ya desde el siglo pasado críticos como el conde de Gobineau, Saint-Sainte-Beuve habían afirmado: "Ronsard es el poeta más estudiado de su tiempo". Por su parte, el severo Montaigne, refiriéndose a la obra de Ronsard y Du Bellay, escribió: "...Pienso que han elevado la poesía al más alto grado en que quedará para siempre... Ronsard y Du Bellay sobresalen en ella; no les hallo alejados de la perfección antigua".

Evocar la figura de Ronsard es para mí volver a vivir aquellos días de un verano hermoso e histórico (1959), cuando en sus largos atardeceres, paseando por las orillas del río Sauldre que bordea la apacible villa de Romorantin del Grand Meaulnes de Alain-Fournier, o recorriendo

por antiguos lugares de la Turena, del Orleanés, del Anjou, se me descubrieron los caminos por los que en el siglo XVI, el joven Ronsard, en la época de sus amores primaverales y también más tarde, hacia el ocaso de su vida, cuando sus dolorosas decepciones, debió pasar más de una vez por estos mismos caminos que atraviesan por el centro y el corazón de la historia de Francia.

Nos hallamos en las primeras décadas del siglo XVI. En América, Pizarro añade un imperio a la corona de España. En Francia, Francisco I, rey de cualidades y defectos seductores: valiente y temerario, galante y libertino, pero siempre "el rey caballero" (por algo el mismo Bayardo le ha armado en la noche de la Victoria de Marignan, en 1515); apasionado de fiestas y placeres, como de artes y letras, cansado de su estadía en Romorantin, ordena que la corte se traslade a Blois, junto al Loira. Grandes fiestas han comenzado en el espléndido castillo. Al son de violines y cítaras, de flautas y laúdes, cien nobles doncellas danzan para complacer a "su rey". En aquella ronda de música y belleza, una *demoiselle*, erguida cual

graciosa ninfa sobre un trono de verdura, deja oír el milagro de su voz. Su canto rima a maravilla con el crepúsculo encantador del suave cielo de Turena. En su alrededor están pajes, escuderos, gentiles hombres, cuyos ricos vestidos y armas relucientes completan aquel espléndido cuadro cortesano. En más de un labio brotan palabras galantes para la bella que fascina con su canto y conquista con sus miradas. "Cielo santo, como besaría a todas estas beldades", confiesa el conde de Anjou a su vecino, menor a él con treinta años. Pero, éste, a su vez, cortesano y poeta, es todo ojos para contemplar "a la suave ninfa, rostro color de nieve, cuello como la leche, cabellos trenzados como los de Venus", a que hace alusión la canción que en ese instante brota de sus labios.

—¿Cómo se llama esta niña?, pregunta el más joven.

—Casandra Salviati, florentina de nacimiento y aliada a los Médicis por su padre, Bernardo Salviati.

Este joven que así interroga al rey por el nombre de la hermosa y la ama ya, es Pierre de Ronsard, nacido en el

castillo de Possonière, en la parroquia de Coutures-sur-Loir, en septiembre de 1524. Efectivamente, Bernardo Salviati es el banquero real, con su esposa, dos hijas y dos hijos, habitan en el castillo de Talcy, entre Blois y Orleans. Ronsard, gracias a un primo suyo, logra ser presentado en Talcy. Casandra tiene quince años. El veinte. Ella es hermosa y reúne divinamente la gracia, la elegancia de su madre francesa con la vivacidad, el ingenio de su padre italiano. El es ya un poeta y el laurel eternizará las juveniles cienes. Arrobada escucha Casandra el lenguaje del poeta, mientras los brazos cñiendo estrechamente las cinturas pasan horas deliciosas en los atardeceres de aquella primavera. Ronsard eternizará aquellas horas:

*«Me acordaré siempre de  
aquella hora primera  
Cuando joven aún perdí  
los ojos en la luz...»*

Luego de muchos días de felicidad, de besos y promesas, Ronsard, hombre de viajes y de inquietudes: desde los doce años ha entrado como paje en las cortes de Francia, de Escocia, a los

diecinueve años a causa de una "otitis crónica de origen artrítico" que le vuelve algo sordo y le obliga a renunciar a la carrera de las armas y la diplomacia, ha decidido continuar sus estudios en la Universidad de París, en donde cuando tenía nueve años, había estudiado en el Colegio de Navarra. Estamos en 1545, Casandra bajo la imposición de su padre se casa con Jean de Peigné, rico señor del Vendôme. Cuando la noticia llega a Ronsard, muy ocupado en alentar su grupo de "La Brigade", que después con seis de sus compañeros, a imitación de los poetas de Alejandría tomará el nombre de "La Pléiade", de su corazón desgarrado brotan amargas quejas, rimadas, naturalmente:

*«Quiero al universo  
lanzar mi pena...*

*Quiero en fuente mis dos  
ojos trocar,*

*Mi corazón en fuego, mi  
cabeza en una roca,*

*Mis piés en tronco, para  
nunca más acercarme*

*De su belleza tan  
altivamente humana.*

*Quiero con el tinte de mi  
pálido color*

*En las orillas del Loira  
cultivar una flor*

*Que de mi nombre y de  
mi mal sea el emblema.»*

¿Fue feliz aquella niña de dieciséis años, casada por voluntad paterna? ¿Lloró, tal vez, a solas recordando las tiernas palabras del poeta, admirable artista cuya obra literaria, por la armonía nueva, por el ritmo variado, iba a dar a las letras francesas un aliento desconocido aún en la lengua, anunciando así una edad de oro? Cuando más tarde, Ronsard visitó a los señores de Peigné en su castillo de Pray, Casandra era ya madre y sus miradas iban complacidas a las gracias de sus hijos. Como sus ilustres predecesores: el Dante, Petrarca... Ronsard se contentará pensando que Casandra —delicada artista de la armonía—, en las largas tardes de verano o junto a la chimenea en las frías noches invernales, seguirá cantando, tal vez, las estrofas que le ha dedicado:

*«Mi gentil rui señor, que  
por este saucedal*

*Vas solo de rama en rama  
de buen grado  
revoloteando,*

*Y cantas a porfía, como  
yo que va cantando*

*A aquella que deben  
siempre mis labios  
nombrar.*

*Sin embargo, Ruiseñor,  
en un punto diferimos,*

*Pues, tú eres amado y yo  
no lo soy  
Aunque de ambos  
nuestras músicas sean  
semejantes...»*

Amante furtivo,  
ardiente, Ronsard trata de  
sorprender alguna vez a la  
castellana de Pray. Sus  
miradas van al balcón, a la  
terrazza, al jardín... y  
cuando una tarde logra  
hablar con ella, le ofrece  
unas rosas envueltas en la  
fragancia de un soneto  
admirable:

*«Os envió un ramillete  
que mi mano*

*Acaba de formar con  
estas flores entreabiertas:*

*Si alguien esta tarde no  
las hubiera recogido,*

*Caidas por tierra estarían  
mañana.*

*Esto os sirva como un  
ejemplo seguro*

*Que vuestras gracias,  
aunque hoy floridas,*

*En poco tiempo se  
desvanecerán del todo  
marchitas*

*Y como las flores  
perecerán súbitamente.*

*El tiempo se va, el  
tiempo se va, Señora mía;  
¡Ay! el tiempo, no: más  
bien nosotros nos vamos,*

*Y muy pronto yaceremos  
bajo la losa sepulcral:*

*Y de los amores de que  
ahora hablamos,*

*Cuando muertos seremos  
¡no quedará huella!*

*Por lo mismo, ámame,  
mientras que eres bella.»*

\*  
\*  
\*

Cuando Ronsard  
encontró a Casandra en el  
castillo de Blois, abril de  
1545, no tenía aún  
veintiún años, pero como  
lo he recordado su vida  
había sido ya bastante  
llena. Nacido en el  
castillo de Possonière, que  
se admira aún hoy, allí  
vivió sus primeros años y  
allí recibió los rudimentos  
de la cultura de su tío  
paterno Jean Ronsard,  
cura de Bessé-sur-Braye;  
de este tío heredó,  
además, su rica biblioteca  
con los más célebres  
autores clásicos. En 1533  
(año de Pizarro en  
Cajamarca), Ronsard  
estudia en París, pero  
pronto es el paje de  
Francisco, delfín de  
Francia, y después del  
duque de Orleans; en  
1537, es el paje de  
Madeleine de Francia,

casada con el rey de  
Escocia, Jacobo V. He  
recordado que debió  
abandonar la carrera de  
las armas y la diplomacia  
por su enfermedad, recibe  
entonces, en marzo de  
1543, la tonsura de manos  
del obispo de Le Mans, en  
el castillo de Tourvoie.  
Desde 1552 ocupó cargos  
eclesiásticos y tuvo a su  
cuidado varios curatos,  
como el de Mareuil-les-  
Meaux, el de Challes. En  
1559 fue nombrado  
consejero y capellán del  
rey y tuvo a su cargo los  
prioratos de Croixval, de  
Saint-Cosme-en-Isle, en  
donde falleció hace cuatro  
siglos, el 27 de diciembre  
de 1585.

Sus cargos  
eclesiásticos no le  
impidieron mezclar  
curiosamente el amor  
humano con el divino y  
escribir aquellos poemas  
amorosos que cuentan  
entre los más bellos que se  
hayán escrito en ese siglo.  
Los primeros fueron  
dedicados a Casandra  
Salviati que, hemos visto,  
prefirió los requiebros del  
señor de Peigné, lo que no  
le impidió recitar a  
menudo los versos del  
ilustre poeta y "sonreír  
silenciosa, melancólica,  
con aquella mirada que  
personificaba a la  
Gioconda de Leonardo de  
Vinci", como ha escrito  
un biógrafo de Ronsard.

Sin embargo, vieja, enferma, llorando la muerte de varios de sus hijos, Casandra revivirá emocionada el recuerdo de las tardes de Talcy y el homenaje que le rindió el jefe de "La Pléiade", "el príncipe de los poetas" de su siglo.

Nos encontramos en la primavera de 1555. Lejos están ya los días en que Ronsard conoció a Casandra. Ahora tiene otras preocupaciones. En una excursión por el Anjou, no lejos de su Vendôme natal, está la aldehuela de Bourgueil, en donde las casitas se esconden entre la verdura, alrededor de su abadía. Es un centro notable, además de sus vinos, por la cacería y uno de sus moradores recibe cordialmente a viajeros y cazadores, les sirve de comer y, sobre todo, su delicioso vino. El señor Dupin, así se llama el hostelero, tiene tres hijas; la más joven, María de quince años. Ronsard sentado junto a un vaso del delicioso anjou, escribe alguna página de su "Franciade" —aquel poema heroico que ha sido calificado de "memorable error"—. De pronto, llevando un manojo de escaramujos tan rosados como su rostro, se presenta María,

a través de los arcos que forman las vides. El poeta la mira hondamente. Ella sonríe y en el corazón de Ronsard se despierta una pasión semejante a la que un día sintió en el castillo de Blois. Y escribe:

*«Suave bella, amorosa y  
florecente rosa*

*¡De pleno derecho a los  
amores consagrada!*

*Tu delicada fragancia a  
hombres y a Dios recrea,  
Y breve, rosa, eres bella  
sobre toda cosa.*

*¡Ah, Dios! como me  
siento a gusto cuando te  
veo*

*Abrirse cuando despunta  
el día sobre el rosal,  
En los jardines de  
Bourgeil, cerca de un  
bosque solitario!»*

El poeta se instaló en Bourgueil... aunque nada consiguió de la chiquilla que prefirió los requiebros de un mozo de una aldea vecina. Nuevas amarguras para Ronsard y nuevos poemas. Sobre todo, cuando pocos años después conoce la muerte de María. Con lágrimas en los ojos escribe:

*«Así en tu primera y  
joven lozanía,  
Cuando la tierra y el cielo*

*honraban tu beldad,  
La Parca te ha matado y  
ceniza reposas.*

*Por ofrendas recibe mis  
lágrimas y mis gemidos;  
Este vaso lleno de leche,  
este cestillo de flores;*

*Para que vivo y muerto tu  
cuerpo no sea sino  
rosas.»*

Ni el olvido de Casandra ni la muerte de María fueron lección suficiente para este cortesano, epicúreo que ama, ante todo, la vida:

*«Adiós, bella Casandra, y  
vos, bella María,*

*Por quien conocí tres  
años de vasallaje en  
Bourgueil;*

*La primera vive, la otra  
está muerta y en adelante*

*De su mirada el cielo se  
regocija; en la tierra está  
María.*

*Amo los festejos, la  
danza y también los  
disfraces*

*La música y el laúd,  
enemigo de los cuidados;*

*Amo mucho los jardines  
que lo silvestre exhalan;*

*Amo la música del oleaje  
que murmura en la  
ribera...»*

Por un momento parece alejarse de la vida

cortesana, de los amores de un día y escribe versos que recuerdan, un siglo más tarde, a los de François Villon:

*«Amor, me despido de tu mentirosa escuela,*

*Donde he perdido el alma, la razón y el sentido,*

*Donde me he engañado y malgastado mis años,*

*Donde he disipado mi muy loca juventud.*

*Casandra me enajenó; María me tuvo seducido;*

*Allá lacayo en la Corte, de otra me enamoré:*

*La llama del amor se asemeja a pajas encendidas.*

*¡Si Ellas me han amado...yo las amé también...!»*

Efectivamente, un día, entre las damas de honor de Catalina de Médicis encuentra a Elena de Surgères, mujer bellísima, pero sumamente reservada y orgullosa por haber conquistado las atenciones de tan ilustre poeta. Ronsard está ya muy enfermo. Sigue un delicioso idilio, un amor más bien platónico. Elena con mano delicada enjuga la frente del genial escritor y posa luego sus ardorosos labios. Los

"Sonetos para Elena" vendrán a eternizar este nombre y completar aquel trío admirable: Casandra Salviati, María Dupin, Elena de Surgères.

Ronsard definitivamente cansado, enfermo y viejo, más de lo que dicen sus años, tiene tan sólo sesenta, da un adiós postrero a Elena y se retira a sus tierras del Anjou. Distráida por la vida cortesana, Elena de Surgères tal vez había dejado de lado los admirables sonetos que le dedicara, inmortalizándola, el poeta de Possonière:

*«Cuando seréis bien vieja, la noche ante la lumbre,*

*Sentada junto al fuego devanando e hilando,*

*Diréis, cantando mis versos, maravillándoos:*

*'Ronsard me celebraba entonces cuando era bella'.*

*Deplorando mi amor y vuestro altivo desdén,*

*Vivid, si me creéis no esperéis mañana:*

*Recoged desde ahora las rosas de la vida.»*

Hace cuatro siglos, Ronsard se despidió dictando desde el lecho sus versos que fueron

como el canto del cisne; versos que quedan como los más bellos de la lengua francesa y llegan al alma cuando cantan el amor, a la mujer, la rosa: símbolo por excelencia de la gracia, de la fragilidad y también de la inevitable decepción final:

*«¡Oh! en verdad Naturaleza madrastra,*

*Ya que semejante flor no dura*

*Sino del alba hasta la noche!»*

Muerto en los últimos días de 1585, su gloria fue europea, es decir universal. El Tasso había venido a presentarle sus obras. Los reyes de Francia le habían colmado de privilegios. París, luego de su muerte, le rindió un homenaje apoteósico, exactamente el 24 de febrero de 1586. Ya Ronsard lo había previsto, cuando escribió:

*«Alguien, después de mil años admirado de mis versos,*

*Querrá en mi Loira como en el Permesso beber,*

*Y contemplando mi país, apenas podrá creer*

*Que en tan pequeño territorio semejante poeta haya nacido.»*

"Después de mil años". Han pasado cuatro siglos y Ronsard ha conservado siempre una incomparable actualidad. María Estuardo, prisionera de Isabel de Inglaterra, leía en sus cárceles los versos que Ronsard su paje y poeta le había dedicado. Enrique I de Lorena, Duque de Guisa, en aquella trágica noche de diciembre de 1588, paseando por los corredores del castillo de Blois, esperaba a sus asesinos tarareando cálidamente los versos de la "Oda a Casandra", brotados en aquel mismo sitio:

*«Mignone, allons voir si  
la rose  
Qui ce matin avait  
déclose  
Sa robe de pourpre au  
soleil  
A point perdu cette  
vêprée  
Les plis de sa robe  
pourprée,  
Et son teint au vôtre  
pareil...»*  
("Vamos a ver, mi bella,  
si la rosa

*Que esta mañana había  
abierto  
Su vestido de púrpura al  
sol  
No ha perdido esta tarde  
Los pliegues de su  
vestido purpúreo  
Y su colorido al vuestro  
semejante...")*

Versos que con los "Sonetos para Elena" expresan lo más sublime del lirismo de Ronsard, el primer gran poeta renacentista. Poeta de "tres amores": Casandra, María y Elena, el verdadero, el Ronsard eterno está en sus sonetos de amor: "Amores de María", "Sonetos para Elena" —con algunos de Baudelaire, de Verlaine— son, tal vez, los más bellos que nos ofrece la poesía francesa de todos los tiempos. Nada extraño que constituyan el alimento esencial de todo estudiante francés, a quien gracias a tales versos, desde sus primeros años, se le revela el don divino de la poesía. Versos, en fin, que se repetirán constantemente mientras haya en Francia una niña

hermosa y florezcan en cada primavera los incomparables rosadales del Loira.

Y puesto que inicié este artículo evocando el centenario de la muerte de Víctor Hugo, a él volveré al término de estas líneas. Cuando en 1828, Sainte-Beuve ofreció a Víctor Hugo el ejemplar de Ronsard que utilizó para su "Panorama de la poesía francesa en el siglo XVI" con esta dedicatoria: "Al más grande inventor lírico que la poesía francesa haya tenido después de Ronsard...", el genial Hugo en su agradecimiento felicitaba al autor de dicho "Panorama": "...por haber encontrado a los románticos un antepasado en la tradición nacional". No podía hallarse elogio más cabal del mayor de los románticos del siglo XIX al más ilustre renacentista del XVI.

